

EL PRINCIPIO DE TODO

www.patriciamuniz.com

E-mail: info@patriciamuniz.com

© 2015, Patricia Muñiz por el texto

© 2015, Héctor Jenz por la portada

Primera edición digital. Abril, 2015

ID Registro SafeCreative: 1309295840988

Todos los derechos reservados de sus respectivos autores. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

EL PRINCIPIO DE TODO

Al principio de todo existía el silencio y una llanura, blanca, ligeramente ondulada; desafiante como un paisaje polar antes del cambio climático. Con principio, pero sin fin. Un buen día, una perra silvestre se asomó al borde de la llanura y observó la inmensidad monótona que se extendía ante sus ojos. Dudó, pero unos destellos plateados llamaron su atención a lo lejos. Decidida, se lanzó a la aventura. A fin de cuentas, no tenía nada que perder. Hubiera caminado igual por otros desiertos. La perra hundió las patas en la nieve y comenzó a cruzar la llanura a paso enérgico. Todo lo que tenía de fuerza canina, también lo tenía de nerviosa y charlatana. Era pura confusión. Allí sola, no tenía a quién ladrarle sus sensaciones. Se distraía observando las formas caprichosas que formaba el vaho de su aliento al mezclarse con el aire frío. Avanzaba sin rumbo, dejando tras de sí un garabato de huellas desorientadas. Pasaron las horas. Tomó un descanso. Pasaron un par de días. Siguió adelante. Sin nada que comer, conseguía saciar la sed lamiendo la nieve. Pero eso no era lo peor. Lo que más le dolía era no tener un compañero de aventura. Un amigo. Jadeando, siguió adelante. Parecía saber adónde se dirigía, pero no era así. Solo se guiaba por la intuición, y aunque avanzar fuera un acto irracional, le daba igual. No pensaba parar, ni dar marcha atrás. Era perra, y era silvestre.

Al principio de todo, no había nadie. Luego estuvo ella. Y en ese preciso momento, sobre una colina, vislumbró la silueta de un lobo que deambulaba sobre el mismo terreno que ella estaba descubriendo. Oteó el horizonte y frunció el ceño para fijar la imagen del lobo. Él mantenía la distancia mientras olisqueaba la brisa, ese soplo de aire que había dejado de oler a su propia soledad. La presencia del lobo lo cambiaba todo. Él llevaba ahí más tiempo que ella, no demasiado, unos meses tal vez. Pero desde el nuevo punto de vista, al principio era él quien estaba ahí solo y tranquilo hasta que apareció la agitada presencia de la perra, que iba y venía nerviosa, disfrutando de estar en todas partes y olvidándose de cómo empezó todo. Contra pronóstico, perra y lobo pasearon juntos. Intercambiaron impresiones y, sin ser demasiado conscientes, comenzaron un camino de fascinación, como gotas de mercurio que se atraen y conjugan la unión de la materia.

La perra, tumbada panza arriba, le explicó sus pensamientos y se sintió aliviada. Por fin, alguien parecía escuchar sus ladridos, aunque a veces resultaran intrusivos. El lobo, más sereno, reflexionó en voz alta, verbalizando sus ideas sobre la composición de un paisaje. Pero la conexión era cambiante y efímera como una nube en un día soleado. A veces, los gruñidos del lobo la herían. A ratos, la unión se disolvía y desaparecía, como gotas de agua sobre la piel que el sol evapora. Su amistad era extraña y peligrosa como los átomos venenosos del mercurio.

Avanzando por la llanura, entre los dos, hicieron crecer un bosque. Uno plantó árboles, el otro puso ardillas. Y así, poco a poco, osos y ranas, puentes y ríos, circos y libros, aparecieron a su alrededor, cambiando los colores de un entorno acogedor, que aglomeraba el fruto de sus diálogos. Todo parecía posible bajo la luz de aquellas voces fértiles y todo tomaba forma mientras avanzaban por el camino.

—Me gusta hablar contigo.

—A mí también.

—Me gustan las cosas bellas que haces con las palabras. Aprendo.

—Yo también aprendo de ti.

—Me gusta ser tu amiga. Quiero aprovechar el tiempo, porque a lo mejor algún día ya no podemos vernos y todo se acabará.

—No tiene por qué. Si quieres verme. Si tú me lo pides, yo vendré.

—¿En serio?

—Sí, de verdad.

Solo era un sueño.

Un amanecer, el lobo dijo a la perra:

—Deberías aprender a tener paciencia. Parar un poco y observar. Así es como maduran las ideas.

—Pero, si me paro, no podré llegar al final. Temo perderme, que todo termine como un suspiro inesperado. Que el mundo se acabe sin darme tiempo a concluir mi trabajo.

—¿De qué te sirve llegar al final si no sientes el principio? Quédate quieta y respira. Siente la vida y explícamela. Te escucho.

Entonces, un escalofrío recorrió el cuerpo de la perra y se puso a temblar.

—Tengo las patas heladas. Siento el frío. ¡Uf! Estoy empapada de rocío.

La perra se sacudió y salpicó de agua y barro todo su alrededor.

—Vaya —exclamó el lobo, sacudiéndose la parte de agua y barro que le había tocado.

—¿Y este olor? —preguntó la perra.

Y él respondió sonriendo con complicidad:

—No es nuevo. Siempre estuvo ahí, pero ibas tan deprisa que no habías reparado en él.

—¡Es cierto! ¡Huele a denso y profundo...! Huele a musgo, a humedad nocturna. Huele a bosque sombrío.

—Y dime, ¿qué es lo que ves?

—Árboles formando un ejército. Veo las copas nevadas y ardillas salvajes saltando de rama en rama. Humo que flota en el aire. Viene de las cabañas de los cazadores. Hay un río de aguas bravas y unas ranas subidas a un tronco luchando para remontarlo. Lo conseguirán. Estoy segura.

—¿Y qué pasa después?

—Agua que cae del cielo, es una lluvia fina que cae sobre un hombre que se mira las manos. Una anciana horneando tortitas y una osa que huye hacia un paraíso soñado. Una noche de acampada, guitarras sonando al lado de la hoguera y jóvenes contando historias. ¡Ay! Empiezo a ver solo niebla. Mañana seguiré. Creo que estoy un poco cansada.

—Bien, descansa. Ahora toca dormir y soñar.

Y así lo hizo. Pero al día siguiente la perra se encontró sola. El lobo se había ido. Primero dio vueltas enloquecida sobre sí misma, casi se mordía el rabo. No podía creerlo, estaba sola, estaba desolada. Las palabras del lobo habían atravesado su mente, como el ferrocarril, un día, cruzó el Oeste. Su voluntad se había abierto paso como una carretera en medio de un desierto, sembrando la ilusión de una posibilidad, y luego se había ido, abandonándola a su suerte. ¡Y todavía había tanto por hacer! La perra se detuvo a contemplar el cielo rojizo del sol despertando al amanecer. Y se sintió muy loba. Sí, muy loba. Se puso a trabajar sin descanso, para acabar lo que había empezado. Igual de enérgica que al principio, llenaba los huecos, perfilaba contornos, borraba el vacío. Pero ya no era la misma. Había aprendido a ser paciente. Había comprendido la perfección efímera de una gota de agua deslizándose sobre una hoja. Ahora sabía hacer el trabajo, y debía hacerlo sola.

A ritmo frenético, llenó la llanura de ríos y montañas, de bosques y animales, de pueblos y cabañas, de hombres y mujeres. Unos buenos, otros malvados y otros... solitarios. Y por último, volvió a abrir la puerta de sus miedos desbocados, dejando entrar en su mundo, recién creado, aquellos monstruos y pesadillas que nunca dejaron de aporrear su mente. No tenía miedo. Se acercaba el momento de librar la batalla, pero ahora se sentía preparada. Exhausta después del duro trabajo, la perra se sentó a contemplar su obra acabada, en la misma colina en la que un día vislumbró la silueta del lobo. El trabajo había terminado. El resultado era hermoso. Sobre pasaba sus sueños más atrevidos. El paisaje lucía lleno de detalles, completo y vigoroso. Mantenía cierto halo de misterio y, sin duda, se mostraba preparado para la acción. Se sintió orgullosa. Entonces, comprendió que aquel lobo había estado en el lugar y en el momento adecuado. El principio de todo. El papel en blanco. Se sintió afortunada por haber compartido unos días de su vida.

Ahora se encontraba al otro lado de la llanura. Al fin, había llegado. Pocos centímetros separaban el manto blanco del suelo rocoso y gris. Con emoción, dio un último vistazo al mundo que había creado. Su arquitectura se reflejó en las lágrimas contenidas de sus ojos. Y así fue como la perra siguió su camino y cruzó el umbral, de nuevo, hacia lo desconocido. Y nunca más volvió a pensar en él. Porque era lobo, y solitario. Y así tenía que ser.

